

José Ortega

EL PEREGRINO DESOLADO

Los años perdidos de JESÚS



Ediciones Corona Borealis

EL PEREGRINO DESOLADO. LOS AÑOS PERDIDOS DE JESÚS - José Ortega

© José Ortega
© 2019, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 - Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-949755-9-2
Depósito Legal: MA 1143-2019

Primera edición: septiembre 2019

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Es de justicia expresar un agradecimiento especial a Adrián, que me sugirió el tema. Sin él esta novela nunca habría existido.

Debo agradecer también a una de mis lectoras más fieles, Maria José Daza, no sólo que se tomara la molestia de leer el primer manuscrito, sino la útil crueldad de su crítica cuando me trasladó su parecer de que las doce primeras páginas eran tan insulsas que no parecían escritas por mi, y cuando me dijo que si no hubiera sabido que era yo el autor, no habría continuado la lectura. Con gusto seguí sus consejos y apliqué sin remordimiento el bisturí para suprimir todo el primer capítulo e iniciar la historia en plena aventura. Gracias a ella la historia es mucho mejor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
DALED - LAMED - ALEF. I.....	13
AYIN-HEI - HEI. II	31
HEI - ALEF - SHIN. III.....	57
YOD - YOD - RESH. IV	85
YOD - YOD - YOD. V	113
KAF - YOD - MEM. VI	137
HEI - BET - MEM. VII	163
YOD - RESH - AYIN. VIII.....	191
HEI - TAV - NUN. VIII	217
YOD - NUN - ALEF. IX.....	259
VAV - VAV - LAMED. X.....	283
MEM - VAV - ALEF. XI	299
LAMED - ZAIN - YOD. EPÍLOGO	335

INTRODUCCIÓN

Inicie la escritura de esta novela gracias a la sugerencia de mi amigo Adrián, quien un afortunado sábado de noviembre de 2018 me llamó la atención sobre el misterio de los años perdidos de Jesús, ya que nadie sabe lo que hizo después de los doce años y antes del inicio de su vida pública.

Yo estaba madurando y tenía avanzado el proyecto de otra novela que nada tenía que ver, pero la propuesta fue como un gancho de derecha que me tiró a la lona. El desafío me pareció totalmente irresistible y me puse a la tarea sin tardanza y con tal entusiasmo que terminé el manuscrito en 113 días.

No tiene nada de fácil escribir ficción sobre este personaje y la razón es simple: Toda historia que pretenda atraer el interés del lector debe contener ciertos ingredientes. No pueden faltar ni la aventura ni la belleza de una mujer. Aparte de esto, como quien dice es mejor con sexo.

Una vez fui invitado a colaborar en la escritura los de una serie de ficción para televisión ambientada en la Florencia de los Medicis. Recuerdo que recibí un extenso fax con la sinopsis en mi hotel habitual de Santa Cruz de Tenerife, donde me encontraba por razones de trabajo. Después de una paciente lectura sólo tenía una pregunta: ¿Dónde diablos está la chica? Puedes escribir una novela o un relato con esa carencia y limitarte a observar cómo lo rechazan las editoriales, lo que en todo caso significará energía perdida, pero no dinero. Sin embargo, no puedes

conducir a la ruina a una productora para que invierta millones en un audiovisual tan costoso como insípido, salvo que escribas sobre un pelotón de soldados inmersos en una selva durante la II Guerra Mundial.

Debo, naturalmente, completar el razonamiento en sentido recíproco. Si el héroe es un varón, la historia necesitará una mujer pero por supuesto que también viceversa.

En cuanto a la aventura, he dicho a menudo que la estructura narrativa del cuento popular del tipo *cuento maravilloso* (el que exige que el héroe abandone el hogar e inicie un largo viaje) es garantía de éxito no sólo porque los cuentos se iniciaron en el paleolítico y han pervivido hasta hoy mediante transmisión oral, sino porque la industria cinematográfica norteamericana lo vio en seguida y todo guion (sea o no estrictamente de aventuras) imita la estructura narrativa del cuento.

El desafío era doble. Por un lado cómo envolver de forma respetuosa a Jesús en un relato con la necesaria dosis de épica, donde hagan acto de presencia la belleza de una mujer y la correlativa pasión, y donde podamos asistir a episodios de sexo sin que nadie se ofenda. Por el otro, cómo formular una propuesta de lo que estuvo haciendo el personaje durante todos aquellos años sin que resulte aleatoria o caprichosa y que por lo tanto guarde sintonía con el contexto histórico, cultural y religioso de la época.

En cuanto a lo primero, todos esos ingredientes están presentes en esta novela. Jesús efectivamente se ve envuelto en una aventura, pero no por ello se transforma ni en soldado, ni en luchador ni en guerrero. Deberá enfrentarse a un antagonista, cierto. Pero ese antagonista es él mismo. También es tocado por los dorados dedos del amor, pero no por ello sufre la integridad de su figura histórica y religiosa. Finalmente, en esta novela no sólo hay sexo, sino sexo bastante crudo, y el respeto a Jesús sigue indemne.

¿Cómo he conseguido introducir todos esos ingredientes sin faltar al respeto al protagonista, degradarlo o envilecerlo? Una buena forma de averiguarlo es leer la novela.

En cuanto a las actividades de Jesús durante esos años, me ha parecido coherente situarlo en Egipto por una razón al tiempo simple y poderosa: Las propuesta de bondad de corazón y mansedumbre propias de sus prédicas parecen una expresión muy coherente de un logro inmenso del pensamiento filosófico y religioso de Egipto llamado *Maat*.

Pueden causar tanta sorpresa como rechazo las noticias sobre un Jesús que en su infancia llegó a cometer varios asesinatos de otros niños y de dos de sus maestros sólo con una palabra o una mirada. Pero hay docenas de narraciones sobre su infancia y su vida. Que sólo cuatro se hayan transformado en las versiones oficiales y autorizadas por la Iglesia (los evangelios llamados canónicos) no puede impedir la realidad de esas otras narraciones, que conocemos como evangelios apócrifos.

Rindo gustoso tributo al inmenso erudito Robert Graves. Su obra *Yo, Claudio*, me resultó reveladora cuando la leí hace bastante tiempo. Graves, que escribió esa novela después de documentarse concienzudamente, expuso que en torno al cambio de era se había extendido por todas las orillas del Mediterráneo el rumor de que iba a nacer un nuevo dios. Herodes el grande reclamaba para sí tan alto honor, y fue ésa la razón por la que intentó de asesinar al auténtico nuevo dios.

Todos los datos sobre chismorreos de la ciudad de Roma, así como los exquisitos platos frecuentes en los banquetes, que aparecen en el último capítulo proceden del libro de investigación que publicó en 1980 mi antigua profesora de Historia de Oriente y Grecia Elena Conde, *La sociedad romana en Séneca*.

Las investigaciones más recientes sugieren que Jesús nació cuatro años antes del cambio de era. He omitido el dato en la novela.

Las letras hebreas que encabezan cada capítulo forman parte de los 72 nombres de Dios según la cábala. No se trata realmente de nombres, sino de diferentes aspectos de la divinidad que son utilizados para conseguir diversos propósitos. Cada uno de los nombres de Dios mencionados en el encabezamiento de los capítulos guarda una relación especial con su contenido.

José Ortega
Julio de 2019

אלד

DALED – LAMED - ALEF

I

Pese a ser pleno día, Matías el honrado dormía plácidamente cuando el ruido lo despertó. Le dolía la cabeza porque había estado bebiendo vino y no precisamente bueno. Y los ruidos en la puerta lo pusieron de mal humor. Alguien estaba llamando y debía ser muy impertinente porque a pesar de que al principio había elegido no moverse, los ruidos no cesaban.

Se levantó pesadamente y arrastró los pies hasta la puerta de la humilde vivienda de adobe. Al abrirla lo sorprendió ver la cara del joven muchacho aturdido. Era bastante alto y bien parecido, con pómulos salientes, ojos inteligentes y unos labios carnosos que sin duda lo debían hacer muy atractivo para las mujeres, aunque no para él. A él desde luego nunca le habían interesado los hombres. Las prostitutas sí, desde luego. Pero no los hombres.

—¿Qué ocurre? —preguntó en tono desabrido.

El recién llegado dejó escapar una tos muy fea y entonces Matías advirtió su tez enrojecida, tal como si tuviera fiebre alta.

—Necesito refugio —murmuró el extraño.

Pero eso no era suficiente razón para Matías el honrado. Su casa, pese a estar junto a la vía romana, distaba mucho de cualquier otro

lugar habitado. Por consiguiente allí nunca iba nadie a molestar. Así que decidió no dar facilidades.

—¿Por qué? —preguntó

—La tormenta... Me he calado hasta los huesos —respondió el muchacho.

Entonces Matías el honrado se fijó en él un poco mejor. Pensó que quizás... Pero no. No era posible tanta suerte. Sin embargo... Él sabía bien que el destino era caprichoso.

—¿Qué edad tienes?

El muchacho quedó desconcertado ante la inesperada pregunta.

—Dieciocho —declaró.

—Matías el honrado sintió un palpito. De pronto tenía esperanza y pensó que hasta un desgraciado como él podía ser bendecido por la suerte.

—¿Tienes un nombre, jovencuelo? No puedo dejar entrar en mi casa a un desconocido.

—Yahshuah ¹—respondió el muchacho.

Los ojos de Matías el honrado casi se llenan de lágrimas porque efectivamente la fortuna había reparado en él. Se retiró de la entrada y, sin poder esconder una amplia sonrisa lobuna, dijo al recién llegado:

—Creo que tienes fiebre. Mi mujer está ahora trabajando en el campo, pero entra y descansa. Necesitas dormir y que alguien te cuide.

El muchacho, sin dejar de toser, entró en la penumbrosa estancia, que apestaba a vino, a excrementos de gallina y a los vómitos que había derramado su propietario la noche anterior.

1 Posiblemente aglutinación de *Yah* (primeras letras de Yahwe) y *Shuah* que en hebreo quiere decir *salvación*. Entonces: YAHWEH ES SALVACIÓN

—¡A la cama! —ordenó Matías el honrado, señalando una sucia esterilla de junco que descansaba sobre el suelo de tierra apisonada, y el joven obedeció.

Muy pronto sus ojos se cerraron y quedó dormido.

Matías tenía sesenta años. Era rechoncho, mostraba barba y cabello canosos, mejillas de borracho, rojas y marcadas por diminutos capilares azules, lo mismo que la nariz. Sus cejas oscuras y pobladas le daban un aspecto severo. Contempló por unos momentos al muchacho dormido. Pensó que podría haber tenido un éxito abrumador con las mujeres si hubiera podido vivir. Pero no, no viviría. El pobre chaval había firmado su sentencia de muerte en el mismo momento en que se puso a llamar a su puerta.



El joven abrió los ojos. Se encontraba en una estancia penumbrosa, de reducidas dimensiones y escasamente vestida con mobiliario pobre: Una mesa de madera gastada y sucia, un camastro, dos o tres taburetes y poco más. Por las abundantes rendijas del techo de ramaje y entre los rotos de los desgastados ladrillos de adobe se filtraba el sol. En el centro de la estancia había un fuego, y junto al fuego sudaba una mujer obesa de gruesos mofletes, rostro inexpresivo y ojos inanimados que estaba friendo unas cebollas. El aroma de la cebolla frita era tan agradable como inconfundible y los rayos del sol se hacían visibles al cruzarse con las cambiantes volutas de humo.

No había rastro del hombre.

En todo caso, el muchacho se tranquilizó, pues nada parecía que debiera temer. Antes bien, La escena le pareció doméstica y cotidiana. Tanto que le hizo recordar su propio hogar.

De pronto, en medio de aquel inesperado y bienvenido despertar, recordó todo lo sucedido

Después de caminar desde la madrugada, hacia el mediodía el cielo había comenzado a cubrirse de nubes. No se trataba de las nubes blancas y esponjosas como copos de algodón que solían deslizarse altivas y brillantes por cielos intensamente azules, sino oscuras, grises casi negras, acumulándose y agitándose como una maraña de gordas anguilas en un estanque.

Al poco el viento soplaba de forma inesperada. Era un viento frío que acababa de aparecer de la nada y que impulsaba la penumbrosa retahíla de nubes como si fueran las velas negras de un barco fantasmagórico.

Poco más tarde había visto caer las primeras gotas enormes y pesadas que fueron aumentando su frecuencia hasta transformarse en lluvia cerrada y más tarde en aguacero.

El muchacho no sabía qué debía hacer. Nadie lo había preparado para aquella situación. Había tratado de continuar la marcha ignorando la lluvia pero la tarea no era fácil porque la calzada romana se inundaba por momentos y tendía a rebalsar. Sus sandalias de cuero se estropearían y pensó que tendría que continuar descalzo como los animales. Incluso así no se detuvo, pero su marcha era la de un sonámbulo, un ciego o un loco. Parecía un espectro empecinado en medio de las cortinas de lluvia.

La lluvia se había transformado en granizo que comenzó a golpearlo tal como si hubiera sido condenado a lapidación. Dos o tres fuertes impactos le habían hecho sangrar. Uno en una sien. Otro en una ceja. El tercero en un pómulo. Ya no podía continuar adelante. Sus ojos aterrados giraron en busca de refugio pero no había ninguna casa, choza o majada a la vista. Si no conseguía pronto algún techo su largo viaje tendría un final prematuro y los sacerdotes estarían satisfechos al ser informados de que el cuerpo desangrado del joven pecador había sido encontrado en medio del camino.

Por fin había advertido la silueta de un olivo. Corrió hacia él y se resguardó bajo su espesa copa, bien pegado al tronco rugoso y viejo lo mismo que haría un náufrago en el mar. Se había quedado allí por un tiempo indefinido, mientras la lluvia arreciaba y en la remota lejanía comenzaba a escucharse el rumor de los truenos. El día se había vuelto noche, pero igualmente la vida se había tornado muerte en sólo un momento. De pronto todo acababa de perder el sentido. Su viaje al lejano país de Mitráyim² le parecía una broma o una esperanza sin sentido. No podía llegar a tan lejos quien fallaba en los primeros compases del camino sin siquiera cruzar las fronteras de su propio país. No, nunca alcanzaría su meta. Nunca llegaría a conseguir nada en la vida. De pronto había dejado de tener esperanza. Estaba asustado, tenía frío y se sentía solo.

Aquel convencimiento lo había empujado al llanto y sus lágrimas se mezclaron con la lluvia. Recordó haber llorado con tristeza, con amargura y con abandono. Había llorado evocando el recuerdo de su madre, a quien imaginaba trayendo en ese mismo momento agua de la fuente, a su padre ocupado en el taller y a su hermano entregado a la delicia de los juegos infantiles, quizá formando minúsculos estanques con arena en el borde del arroyo. Por aquel breve instante se había sentido transportado a su vida anterior y quizá por vez primera fue consciente de cuán feliz había sido.

Había comenzado a estornudar y a sentir escalofríos. Tenía las ropas empapadas y notó que estaba cogiendo un enfriamiento. Necesitaba urgentemente cambiarse de ropa y calentarse, pero no era posible encender un fuego, pues la leña estaba húmeda. En ese momento había reparado en su morral para darse cuenta de que la harina que le había dado su madre se había mojado y había adquirido la consistencia del engrudo. Se acababa de quedar sin comida. Aquello era el fin.

2 Palabra con la que los hebreos designaban a Egipto

Y entonces, habiendo alcanzado el límite de la desesperación, se había quedado profundamente dormido.

Su sueño fue agitado y angustioso. Soñó que estaba junto a un olivo, pero era de noche. No es que el ambiente estuviera oscuro como el paisaje de aquella tarde de tormenta, sino que era auténticamente noche porque el cielo mostraba un cinturón de brillantes estrellas. También se veía a lo lejos una ciudad amurallada. Pero en su sueño aquella belleza serena no le llevaba ninguna tranquilidad. En el sueño no era ya un muchacho, sino un hombre. Y ese nombre tenía miedo. Experimentaba el vago e indefinido presagio de algo que iba a suceder y que realmente de alguna manera sabía que debía suceder, pero que lo aterraba. En otra secuencia del mismo sueño había visto una colina redonda y pelada como una calavera y cubierta de nubes borascosas y había sentido el mismo desasosiego.

Cuando se hizo el día el cielo estaba despejado y el aire quieto. Pero en su cabeza dolorida estallaba una tormenta, cada respiración le cortaba el pecho como un cuchillo de hielo y la tos amenazada con partirlo en dos.

Había continuado caminando por la calzada, tiritando con escalofríos, y al fin había encontrado la pobre vivienda, algo retirada del camino.

Recordó lo mucho que había deseado, antes de quedarse dormido bajo el olivo, un fuego para secarse y calentarse. Y allí estaba ahora, seco, a salvo y al calor del fuego. Era como si su deseo se hubiera transformado en realidad, como si le hubiera sido concedido el raro don de conseguir las cosas por su simple voluntad.

Se dejó llevar por aquella agradable sensación de seguridad y bienestar hasta que recordó su sueño. Había vuelto a tenerlo. Allí, sobre la esterilla. Otra vez aquel sentimiento de ansiedad junto al olivo, bajo el cielo cuajado de estrellas y a vista de la ciudad amurallada. No, no era la evocación inconsciente del momento en que se había refugiado del

granizo bajo el árbol y había comenzado a llorar. En su sueño sus ropas estaban secas y él no era un joven. En su sueño la fuente del miedo no eran la lluvia, ni el granizo, ni el frío, ni la incertidumbre, ni la soledad, ni la separación. Era un sentimiento envenenado que le devoraba las entrañas a causa de algo que tenía que suceder. Pero cuando se esforzaba en averiguar qué era aquello que tanto temía, no había respuestas.

Y la otra parte de su sueño, el monte pelado en forma de calavera, coronado de las nubes ominosas y oscuras de otra tormenta, como si aquella pequeña prominencia fuera el centro del mundo y el mundo mismo estuviera tocando a su fin.

Entonces entró Matías el honrado, y a al mismo Yahshuah le sorprendió cómo esto le daba confianza. Era, por disparatado que pudiera parecer, como si recuperase a un viejo amigo. Todo había cambiado para mejor. Afuera debía hacer un hermoso día de sol y su empresa le volvía a parecer posible.

Matías saludó con algo de descuido a la matrona, que debía ser su esposa, y se acercó al muchacho con una sonrisa franca pintada en la cara.

—¿Qué cuenta nuestro joven aventurero? —preguntó a grandes voces.

El joven acertó a devolverle la sonrisa y se esforzó por ser amable.

—He descansado... Gracias por ayudarme —respondió con timidez.

Matías el honrado hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia a la cosa, y dijo:

—Bueno y ahora que te has entregado a uno de los placeres de la vida, como es el dormir, te propongo otro que tampoco le va a la zaga. Espero que te guste la cebolla frita, porque si no...

El muchacho no estaba seguro de entender el sentido del humor de aquel hombre tan jovial, pero se sentía obligado a ser atento con

él, y por eso ensayó una sonrisa que sin embargo le salió como una mueca.

—¡Venga, gandul! Ponte en pie y cuéntanos tus aventuras. Estamos ansiosos por escucharlas —vociferó.

Otra broma, entendió Yahshuah, que se resignó a seguir al hombre al exterior, donde encontró una mesa de pino repleta de alimentos sencillos de campesino, pero abundantes. Había aceite, pan, aceitunas, higos secos, huevos hervidos, queso y una gran ensalada. La silenciosa mujer estaba poniendo con gestos mecánicos los platos y los cubiertos. Su cara continuaba sin expresión.

El muchacho miró a su alrededor. A poca distancia discurría la calzada romana y más allá las onduladas colinas. Todo le parecía nuevo y limpio tras la lluvia. El aire era más transparente y a él ninguna pena le pesaba. La fiebre había desaparecido. De pronto se sentía capaz de caminar hasta la Nubia, el país que se extendía al sur de la tierra de Mitzráyim.

Matías el honrado le entregó un pedazo de queso.

—venga, come. No nos vayas a ofender con tu falta de apetito —le dijo festivamente con lo que parecía una nueva expresión jocosa.

Yahshuah comió de buena gana y conversó con la pareja de cosas triviales. Al terminar la colación el hombre se puso serio y le dijo:

—Quizá tengas la bondad de contarnos a mi esposa y a mí cuál es el objeto de tu viaje.

Yahshuah no supo qué contestar a una pregunta tan directa. Desde luego no iba a decirles la verdad. No solo por discreción, sino porque ni siquiera él podía explicarla, ya que ni él. Immo la entendía.

—Voy a visitar a mi familia en Gaza —mintió, mientras tomaba una aceituna aparentando indiferencia.

No había sonado real. La inseguridad y el temblor de su voz denunciaban que estaba improvisando una patraña.

—¿Por qué no te acompañan tus padres? —preguntó Matías a gran velocidad y clavando en el joven una mirada fija más bien molesta.

Yahshuah dejó escapar una tosecita y volvió a mentir:

—Mis padres han muerto.

Y se echó a la boca un vaso de agua sólo para ocultar su rostro y bajar la vista.

—¿Cómo fue? —insistió el hombre.

El muchacho, un poco forzado, entornó los ojos simulando una gran pena.

—Un accidente —declaró.

Matías el honrado mojó una gruesa rebanada de pan en el cuenco del aceite, la masticó en silencio y después eructó.

—¿Murieron los dos en el mismo momento? —preguntó.

El muchacho bajó la cabeza en señal de asentimiento. Creía que cuanto menos hablara de aquellos hechos falsos menos posibilidades tendría de cometer un error.

—Vaya, debes sentirte muy solo —comentó la mujer, que hablaba por primera vez.

Yahshuah se encogió de hombros y luego dijo:

—Por eso voy a Gaza.

El hombre bostezó y luego se desperezó estirando mucho los brazos. Entonces, de forma súbita, en el camino que llegaba desde la calzada hasta la casa aparecieron tres jinetes. El muchacho los miró y vio que llevaban uniformes militares, pero no eran romanos. Más bien tenían aspecto de sirios, posiblemente mercenarios del rey extranjero. Le parecieron bastante sombríos.

Matías el honrado se puso en pie y avanzó festivamente para dar la bienvenida a los recién llegados.

—¡Ah... amigos míos! Os estábamos esperando con impaciencia —anunció en su habitual tono estridente

Al llegar junto a ellos se detuvo y conversaron un poco. Al muchacho le llamó la atención que de lo hacían en tono confidencial, como si ocultaran algo. Le inquietó que su protector se girase hacia él y tener de pronto clavada la mirada de los cuatro hombres como si fueran cuatro halcones. Había algo extraño en la forma inesperada en la que se habían presentado los soldados, y algo siniestro en aquellas miradas silenciosas.

Fue entonces cuando sucedió.

—¡Eh, Yahshuah... !—llamó Matías con tono indiferente — ¿Qué tal te parece este día para morir?

El joven se quedó pasmado. Habría pensado que su amigo había bebido vino en exceso de no ser por las torvas miradas de los jinetes.

—¿veis lo tímido que es? —dijo Matías a los militares.

Entonces avanzó hacia el muchacho mientras le decía con voz festiva:

—¡No hay motivo para la queja! ¡Llegarás al infierno con la barriga llena!

Yahshuah se sintió perdido, pero sobre todo apenado. Apenado por la traición del hombre que le había salvado la vida sólo para entregarlo a aquellos verdugos desconocidos que parecían relamerse ante la perspectiva de la sangre.

Se irguió. Le temblaban las piernas.

—Pero... —murmuró débilmente.

—Nada de peros, muchacho. Te vas con estos amigos —proclamó Matías el honrado.

Los soldados descabalaron. Dos de ellas se desenvainaron sus espadas pero le sorprendió y le inquietó que el que sostenía una hacha muy pesada. A pesar de su conmoción tuvo arrestos para dirigirse a ellos.

—¿Qué queréis de mi? —preguntó— Hablar en el templo no es un delito.

Los soldados se miraron entre sí y estallaron en risas.

—¿De qué hablas, idiota? —preguntó el que, a juzgar por sus gestos, parecía al mando. Tenía cejas espesas, mandíbulas anchas y labios finos. Sus ojos estaban inyectados en sangre y parecía tener nuca de toro.

—De la orden de destierro que dictaron los sacerdotes —añadió, y pudo ver el desconcierto en ellos.

Entonces, creyendo que había hecho mella en su decisión, añadió:

— ¡Mi condena fue destierro, no a muerte!

—¡Por todos los diablos! ¡Habla como un abogado viejo y no como un joven necio! —proclamó el mismo soldado, dirigiéndose a los otros.

Avanzó hasta Yahshuah y apoyó la punta de la espada en su pecho.

—Nosotros no sabemos nada de templos ni sacerdotes. Cumplimos órdenes del rey, y nuestras órdenes son claras —advirtió.

—Matar al joven peregrino como quien pisotea a un saltamontes —completó muy complacido Matías el honrado.

Y entonces extendió hacia el soldado una mano abierta.

—Por cierto... —dijo.

El militar le dirigió una mirada de desprecio.

—¡Pagadle! —exclamó de mala gana.

Otro de los soldados escarbó en las alforjas de su cabalgadura y entregó al hombre una bolsa que tintineaba con sonidos metálicos. Yahshuah se dio cuenta de que Matías el honrado en lo había vendido.

—¿Cuanto valgo? —le preguntó, lanzándole una mirada de fuego.

—¡Calla, perro! —rugió el militar, y añadió:— ¡ Acabemos con esto... Tengo hambre!

Entonces sujetó al muchacho por la nuca y lo tumbó sobre el taburete, apretándole la cabeza con fuerza mientras el que portaba el hacha se acercaba. Yahshuah, que ya se había encolerizado al ver la